

Dédalo y su hijo Ícaro

Cuenta un antiguo mito que Dédalo era un extraordinario inventor, arquitecto y artesano. Conocía todos los secretos de la construcción de palacios, monumentos y edificios ingeniosos. Había nacido en Atenas y, por esas cosas de la historia, tuvo que escapar de su ciudad y llegó a la isla de Creta.

Por ese entonces, gobernaba Creta el rey Minos, un hombre poderoso que recibió entusiasmado al arquitecto y le encargó muchas obras para engrandecer la fama de la isla. Durante años, Dédalo edificó templos, talló esculturas e inventó mecanismos que maravillaron a todos los habitantes del lugar. Más tarde, formó una familia y tuvo un hijo, Ícaro, al que quería más que a nadie en este mundo.

También cuenta la historia que, de pronto, apareció en la isla un terrible ser. Era un hombre de fuerza extraordinaria, pero tenía cabeza de toro y se alimentaba con carne humana. La noticia de su crueldad corrió hasta los confines de Creta y todos empezaron a llamarlo "el Minotauro". También corría otro rumor: que era hijo de la reina, aunque nadie podía con afirmar semejante cosa. Cualquiera fuera la razón, el rey Minos no quiso matar al monstruo, sino que le encargó a Dédalo la construcción de un edificio. Allí lo encerrarían para que jamás pudiera escapar.

Ayudado por su hijo Ícaro, Dédalo imaginó y construyó un complicado laberinto. Era un lugar enorme, lleno de pasadizos y callejones que daban mil vueltas y desembocaban en más pasadizos y callejones. Parecía no tener principio ni fin, y solamente el arquitecto conocía el modo de salir de allí. Cuando estuvo terminado, el rey mandó poner un carnero en la entrada, como cebo para atrapar al Minotauro. El truco surtió efecto, el carnero entró en el laberinto y el monstruo se abalanzó detrás de él, perdiéndose para siempre en el interior del edificio. A partir de ese momento, los habitantes de Creta pudieron vivir tranquilos. Pero aquí no termina esta historia.

Un tiempo después, mataron en Atenas a uno de los hijos del rey Minos. Enfurecido, el soberano declaró la guerra a los atenienses y los derrotó. Después, les impuso un castigo terrible. Cada año, siete muchachos y siete chicas de esa ciudad debían entrar en el laberinto. El sacrificio terminaría solamente cuando alguno de ellos lograra encontrar la salida para sobrevivir.



Cada año los atenienses enviaban más y más jóvenes a Creta, hasta que cierta vez enviaron entre ellos a un muchacho llamado Teseo. Y, por esas vueltas de la vida, la hija del rey Minos se enamoró de él. Algunos dicen que le dio un ovillo de hilo para que pudiera encontrar el camino de regreso del laberinto, luego de matar al Minotauro. Otros dicen que fue Dédalo el que le contó a la princesa los secretos para salir de allí. Al fin y al cabo, el arquitecto había nacido en Atenas y no quería que siguieran castigando de esa manera a sus propios compatriotas. Lo cierto es que Teseo logró cumplir su hazaña. Entró en el laberinto, mató al Minotauro y salió victorioso. La maldición había terminado, pero esta trágica historia, no.

El rey Minos tenía varias razones para estar furioso, entre ellas, que los atenienses lo habían puesto en ridículo. Entonces, su furia se dirigió contra Dédalo e Ícaro. Ordenó a todos sus soldados que los buscaran, y que vigilaran muy bien las costas de la isla para evitar su huida.

A lo largo de tantos años, Dédalo había hecho muchos amigos en Creta y uno de ellos le advirtió del peligro que corría. Por lo tanto, escapó de su casa junto con su hijo e intentó acercarse al puerto para tomar un barco. Sin embargo, el sitio estaba celosamente custodiado y muy pronto se dio cuenta de que no podrían fugarse por mar. Tenía que encontrar otra salida.

Los dos fugitivos se escondieron en los montes de la isla y el arquitecto empezó a tramar un plan. Muchas de sus ingeniosas ideas venían de la

observación de la naturaleza y llegó a la conclusión de que debían escapar por el aire, ¡igual que los pájaros!

Mientras Ícaro buscaba agua y frutos para sobrevivir, Dédalo reunió, con gran paciencia, plumas grandes y pequeñas que las aves marinas habían dejado caer entre las rocas. También cortó muchas varillas delgadas y flexibles, trenzó cuerdas vegetales y extrajo cera de los panales de abejas silvestres.

Sin que nadie los viera, padre e hijo construyeron los esqueletos de dos pares de alas atando varillas con sogas. Luego, fueron agregando las plumas hasta cubrir las armazones. Ataron las plumas más grandes con hilo y pegaron todas las demás con la cera de abejas.

Una vez que las asombrosas alas estuvieron listas, decidieron partir sin más demora porque los soldados de Minos se acercaban peligrosamente a su escondite. Pero, antes de emprender el vuelo, Dédalo aconsejó con mucha energía a su hijo:

–No vuelas demasiado bajo porque la espuma de las olas mojará las plumas, haciéndolas inútiles. Pero tampoco vuelas demasiado alto porque el calor del sol derretirá la cera, despegará las plumas y caerás al agua.

Dicho esto, sujetó con firmeza un par de alas a la espalda de Ícaro e hizo que este atara el otro par a sus propias espaldas.

Treparon a una roca alta y plana, tomaron impulso y, milagrosamente, se elevaron ayudados por las corrientes de aire ascendentes, tan comunes en la zona.

Ícaro era mucho más joven que Dédalo y muy pronto tomó la delantera impulsado por sus fuertes brazos. Y mientras iba ganando altura, se desplegó ante su vista un maravilloso horizonte de mar y cielo. El sol brillaba resplandeciente y un viento suave acariciaba su cara.

¡Nunca había tenido una sensación tan extraordinaria de libertad! Entonces quiso ir más y más arriba, lejos de la tierra, por sobre los pájaros, hacia el infinito que se abría ante sus ojos.

Aterrado, Dédalo vio cómo su hijo se remontaba peligrosamente hasta la zona en que el calor del sol era más intenso. Le gritó que tuviera cuidado, pero el joven no lo escuchó. Y luego, vio cómo el calor iba derritiendo la cera que sujetaba las plumas. Primero se desprendieron las más pequeñas y luego las más grandes. Cuando Ícaro comprendió lo que sucedía, ya era demasiado tarde. La estructura de las alas no podía soportar su peso y se desplomó en una interminable caída ante los ojos llenos de lágrimas de su padre.



Cuenta la historia que, más tarde, Dédalo logró llegar a tierra con una inmensa tristeza y consiguió refugio en el reino de Sicilia. Desde entonces, el lugar de la tragedia se llamó Icaria, en memoria del joven que había querido alcanzar el sol.

1- Subraya las opciones que consideres correcta, luego escribe el enunciado que formaste.

a- Ícaro era el hijo de Dédalo encerrar al Minotauro
Minos y ayuda a su padre a construir el laberinto
 El Minotauro luchar contra Minos

Premia el Minotauro sigue en el laberinto

b- Minos castiga a Dédalo porque está disconforme con su trabajo
 Es indiferente frente a perdió a uno de sus hijos

Está contento tuvo que irse de Creta

c- Dédalo quiere descansar ya que Ícaro ha muerto
 Está triste no tiene más trabajo

LAS FUNCIONES DEL LENGUAJE. VARIEDADES LINGÜÍSTICAS

Las personas nos comunicamos con los demás de distintas maneras: hablando, haciendo gestos, con señales, con sonidos...

Para que exista comunicación debe haber ciertos elementos:

El emisor: es quien transmite la información (da el mensaje).

El mensaje: es la información que se transmite (lo que dice o intenta comunicar el emisor)

El receptor: la persona o personas que reciben el mensaje.

El código: es el tipo de lenguaje que se utiliza en la comunicación (lengua española, gestos, sonidos, colores...)

El canal: es el medio por el que circula el mensaje (el aire, el papel)

Situación A

- Necesito que construyas un laberinto para que Minotauro no pueda escapar jamás

Emisor:
 Receptor:
 Mensaje:
 Código:
 Canal:

Situación B



Emisor:
 Receptor:
 Mensaje:
 Código:
 Canal:

Situación C

Emisor:

Receptor:

Mensaje:

Código:

Canal: